

Sobre el sentido de los afectos

(Segunda comunicación)

Domingo Boari

Fundación Luis Chiozza

7 de mayo de 1999

NOTA INTRODUCTORIA

Recientemente, en el último simposio, presenté un trabajo en el que exponía una hipótesis sobre el sentido de los afectos (Boari, 1999). La presentación y la discusión, necesariamente breves, me estimularon a proponer otra vez esa idea para un debate más amplio.

La ocasión resulta propicia también para volver a reflexionar sobre un tema que cada vez más muestra su importancia y nuestra necesidad de profundizar en él.

Por eso en este trabajo traigo una **primera parte**, “a modo de contexto”, donde reúno las ideas que en conjunto constituyen una teoría psicoanalítica de los afectos. Al agruparlas se me hizo consciente que dicha teoría, utilizada entre nosotros con relativa soltura, incluye lo que dijo Freud –tal vez “todo” lo que dijo Freud sobre el tema– pero no sólo lo que dijo Freud. Los enunciados freudianos, a veces muy escuetos, dan material para **desarrollos** y **aportes** originales de Luis Chiozza. Así, paulatina e insensiblemente, la teoría psicoanalítica de los afectos que utilizamos ha llegado a ser una teoría freudiana-chiozziana sobre los sentimientos. Las ideas de ambos autores están perfectamente ensambladas y la “disección anatómica” entre unas y otras resulta difícil. Sin embargo en esta introducción me parece útil presentarlas por separado.

La **segunda parte** corresponde a lo que podríamos llamar el cuerpo del trabajo, en el que se expone cuál sería el sentido o función de los afectos en la vida anímica.

Por último, en una **tercera parte**, incluyo algunas implicancias y aplicaciones de las ideas principales. Se trata de especulaciones, ilaciones de pensamientos, que deseo discutir para saber si es posible compartir las conclusiones a las que arribo.¹

¹ En este trabajo los términos “afecto”, “emoción” y “sentimiento” se utilizan como sinónimos.

I. A MODO DE CONTEXTO

Los afectos en la obra de Freud

Desde los albores del psicoanálisis los afectos ocupan un lugar destacado en la teoría, como lo certifica el hecho de que ya para Breuer y Freud los síntomas de la histeria se comprendían como consecuencia de afectos no desfogados en su momento, y sólo cedían cuando los hechos traumáticos podían ser recordados acompañados, ahora, por aquel afecto retenido (Breuer y Freud, 1893).

Pese a esta importancia, Freud no escribió un trabajo unitario sobre los afectos. No obstante, en el conjunto de su obra hay suficientes pasajes en los que su teorización sobre el tema queda clara y explícita (Cfr. Freud, 1950a; 1900a; 1915d; 1915e; 1916-17 y 1926d)

Para sintetizar y comentar los principales conceptos de Freud acerca de las emociones utilizaré en lo posible sus propias palabras:

Los afectos como descarga somática:

“La afectividad se exterioriza en una descarga motriz (secretoria, vasomotriz) que provoca una alteración (interna) del cuerpo propio sin relación con el mundo exterior; la motilidad, en acciones destinadas a la alteración del mundo exterior” (1915e, pág. 175n).

La configuración de cada descarga:

“Este [el desarrollo de afecto] es visto como una operación motriz o secretoria, la clave de cuya inervación se sitúa en las representaciones del inconciente (Freud, 1900a, pág. 573).

Esta segunda cita tal vez admita ser interpretada como si no implicara disociación psicosomática. Pero, en lo explícito, señala la inervación como vía **somática** de descarga, en tanto que “la clave”, el engrama que determina cuáles son esas inervaciones en cada particular afecto, es **psíquica**, “se sitúa en las representaciones del inconciente”.

La disociación es más explícita aún en otros textos. La agencia representante de pulsión, según Freud, se compone de dos elementos, la **representación** (o **idea**, en la traducción de López Ballesteros) y el **monto de afecto** o **factor cuantitativo**.

“Para este otro elemento de la agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de *monto de afecto*; corresponde a la pulsión en la medida en que esta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos. Desde ahora, cuando describamos un caso de represión, tendremos que rastrear separadamente lo que en virtud de ella se ha

hecho de la representación por un lado, y de la energía pulsional que se adhiere a esta por otro (1915d, pág. 147).²

“El factor *cuantitativo* de la agencia representante de pulsión tiene tres destinos posibles (...): La pulsión es sofocada por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia. Las dos últimas posibilidades nos ponen frente a la tarea de discernir como un nuevo destino de la pulsión la *transposición* de las energías psíquicas de las pulsiones en afectos y, muy especialmente en *angustia*” (1915d, pág. 148).³

Dice también:

“Es posible que el desprendimiento de afecto parta directamente del sistema *Icc*, en cuyo caso tiene siempre el carácter de la angustia, por la cual son trocados todos los afectos ‘reprimidos’. Pero con frecuencia la moción pulsional tiene que aguardar hasta encontrar una representación sustitutiva en el interior del sistema *Cc*. Después el desarrollo de afecto se hace posible desde este sustituto conciente, cuya naturaleza determina el carácter cualitativo del afecto” (1915e, pág. 175).

Estos textos, sobre todo el último, son quizás los que permitieron que pudiera pensarse en la existencia de “descargas de pura cantidad”, sin significación alguna.

Otros fragmentos, como el que se incluye a continuación, muestran, en cambio, un pensamiento diferente. La que sigue es, además, una de las mejores síntesis de Freud sobre su pensamiento acerca de los afectos.

“Ahora bien, ¿qué es, en sentido dinámico, un afecto? Para empezar, algo muy complejo. Un afecto incluye, en primer lugar, determinadas inervaciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displeacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante. Pero no creo que con esta enumeración hayamos alcanzando la esencia del afecto. En el caso de algunos afectos creemos ver más hondo y advertir que el núcleo que mantiene unido a ese *ensemble* es la re-

² En esta y en todas las citas textuales de este trabajo todas las cursivas son de los textos originales, en cambio todas las negritas son destacados míos.

³ Esta cita pertenece a “La represión”. El mismo año, en “Lo inconciente”, es levemente diferente: “Sabemos que esos destinos pueden ser tres: el afecto persiste –en todo o en parte– como tal, o es mudado en un monto de afecto cualitativamente diverso (en particular, en angustia), o es sofocado, es decir, se estorba por completo su desarrollo” (1915e, pág. 174). En este texto aparece una nueva posibilidad, que el afecto persista. Y dos de las posibilidades señaladas en “La represión” aquí aparecen agrupadas como una sola.

petición de una determinada vivencia significativa. Esta sólo podría ser una expresión muy temprana de naturaleza muy general, que ha de situarse en la prehistoria, no del individuo, sino de la especie. Para que se me comprenda mejor: el estado afectivo tendría la misma construcción que un ataque histérico, y sería, como este, la decantación de una reminiscencia. Por tanto, el ataque histérico es comparable a un afecto individual neoforado, y el afecto normal, a la expresión de una histeria general que se ha hecho hereditaria” (Freud, 1916-17, pág. 360).

Aquí, independientemente de la representación conciente a la que se ligan en su descarga, **las inervaciones mismas implican significado: reminiscencias o recuerdos de una “vivencia significativa”**, aunque, como en la histeria, no se tenga noticia de las escenas que harían comprensible el sentido. Conviene señalar, de paso, que no es casual que una síntesis tan lograda esté asociada a la descripción de la angustia, porque este es tal vez el sentimiento que Freud estudió con mayor profundidad y constituye un molde o modelo conceptual para estudiar los afectos.

Otras ideas de Freud acerca de los afectos que creo conveniente consignar son:

- Función o sentido de los afectos. “El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* {*Verständigung*; o comunicación}, y el inicial desvalimiento del ser humano es la *fuerza primordial* de todos los *motivos morales*” (Freud, 1950a, págs. 362-3).
- Emociones inconcientes. Tratándose de un proceso de descarga vinculado a la serie displacer-placer, la emoción no necesita ligarse a representaciones palabra (preconcientes) para acceder a la conciencia. Estrictamente hablando no se puede considerar entonces la posibilidad de afectos inconcientes. “Dentro del sistema *lcc* muy bien puede haber **formaciones de afecto** que, al igual que otras, devengan concientes” (1915e, pág. 174).
- El motivo de la represión. “La represión no (tiene) otro motivo ni propósito que evitar el displacer” (1915d, pág. 148) y, más propiamente, “la sofocación del desarrollo de afecto es la meta genuina de la represión” (1915e, pág. 174).
- Las emociones inconcientes y la terapia analítica. “En todos los casos en que la represión consigue inhibir el desarrollo de afecto, llamamos ‘inconcientes’ a los afectos que volvemos a poner en su sitio tras enderezar lo que el trabajo represivo había torcido” (1915e, pág. 174).
- Gobierno precario de la voluntad sobre los afectos. “Mientras el imperio de la *Cc* sobre la motilidad voluntaria es muy firme (...) su gobierno sobre el desarrollo de afecto es menos sólido” (1915e, pág. 175).
- Los afectos y el pensamiento. “El pensar tiene que tender (..) a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de placer, y a restrin-

gir el desarrollo del afecto por el trabajo del pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal” (Freud, 1900a, pág. 592).

- Los giros lingüísticos que hacen referencia al cuerpo se fundamentan en sensaciones somáticas provenientes de los afectos, sensaciones que hoy se hallan debilitadas. “¿Cómo habríamos dado en decir, respecto del afrentado, que ‘eso le clavó una espina en el corazón’, si la afrenta no fuese acompañada de hecho por una sensación precordial interpretable de ese modo, y se la reconociera en esta? (.....) Todas esas sensaciones e inervaciones pertenecen a la ‘expresión de las emociones’, que, como nos lo ha enseñado Darwin, consiste en operaciones en su origen provistas de sentido y acordes a un fin; por más que hoy se encuentren en la mayoría de los casos debilitadas a punto tal que su expresión lingüística nos parezca una transferencia figural, es harto probable que todo eso se entendiera antaño literalmente..” (Freud, 1895d, pág. 193).

Desarrollos y aportes originales de Chiozza

El tema de los afectos, emociones o sentimientos ocupa un lugar tan significativo en la obra de Chiozza que varios de sus libros lo anuncian explícitamente en el mismo título (1976a; Chiozza y colab. 1991a; 1993a; 1997b; 1998d).

En la síntesis que sigue, quisiera consignar todos los desarrollos y aportes originales de Chiozza sobre el tema, incluyendo algunas diferencias con Freud. Dado que no estoy seguro de lograrlo, dejo abierta la lista a otras sugerencias y opiniones.

1. A partir de una nueva epistemología desaparece todo vestigio de disociación en la concepción de los afectos, disociación que, como vimos, puede observarse en algunos textos de Freud. Para Chiozza el afecto, observable al mismo tiempo como descarga somática y como significado, aparece como una especie de “bisagra” que articula los territorios que la conciencia categoriza como “lo psíquico” y “lo somático” (Chiozza, 1986a). Descarga somática y cualidad son dos maneras de observar un fenómeno: la particular “figura” o “forma” de una descarga es ya su significado. Al contrario de lo que a veces se piensa, es imposible imaginar una mera descarga de cantidad sin significado. La descarga afectiva, que nace cualificada desde la misma fuente pulsional (Chiozza, 1998, pág. 364), es precisamente lo que otorga la cualidad, el significado, la importancia al instante en que se vive. Más aún, **los sentimientos**, que se originan en el funcionamiento propio de cada uno de los órganos, **son los que marcan la importancia del significado, los que hace que un significado tenga significancia.**
2. Desarrollo y aplicación del concepto de clave de inervación. Si bien Freud utilizó muchas veces la palabra inervación, la expresión “**clave de inervación**” se encuentra una sola vez en su obra, en el texto de *La interpretación de los sueños* que cité más arriba (pág. 3). El concepto, en cambio, está implícito cuando considera que las inervaciones de las descargas afectivas se configuraron a

partir de restos de acciones antiguamente justificadas. A mi entender, el primer mérito de Chiozza es “descubrir” el concepto en Freud.⁴ El segundo es utilizarlo con profusión en toda su obra, y el tercero obtener de él todos los réditos posibles al aplicarlo para comprender la transformación de los afectos en afecciones. Además, a partir del concepto de clave de inervación, no sólo interpreta las enfermedades somáticas como desarrollos equivalentes específicos de afectos inconcientes, sino que intentó (dirigiendo un grupo de investigación al respecto) recorrer el camino complementario (Cfr. Chiozza y colab., 1993g): a partir de los afectos identificar los signos físicos de sus claves y comprender dichos signos como parte del acto motor justificado en la filogenia. El conocimiento se enriquece así yendo de la forma al significado y del significado a la forma.

3. La consideración de un mecanismo de defensa propio del modo de enfermar somático: la descomposición patosomática del afecto (Chiozza, 1975b), según la cual el desplazamiento de la investidura no se realiza de una representación a otra sino que ocurre dentro de la misma clave, sobre uno de sus elementos, de manera que la conciencia no registra más el afecto como significación sino como una descarga –afección–. Este concepto alcanza un grado de universalidad tal que le permite afirmar a Chiozza que todas y cada una de las enfermedades constituyen la transformación de un particular afecto.⁵

⁴ Es interesante consignar aquí una curiosidad que no deja de tener cierta importancia. Hasta donde yo pude informarme, la expresión “clave de inervación” aparece por primera vez en la obra de Chiozza en el artículo “La transformación del afecto en lenguaje” (Chiozza, 1976c) de 1974. Pero la expresión “clave de inervación” no figuraba en la versión castellana de las obras de Freud hasta 1979 cuando aparecieron los primeros volúmenes de la edición de Amorrortu. La cita que trae Chiozza (1976c, pág. 219) no corresponde a la traducción de López Ballesteros. Dice: “Aquí tomamos como base una suposición precisa sobre la naturaleza del desarrollo de afecto. Se lo considera como una función motora o secretora, cuya clave de inervación está situada en las ideas del inconciente”. El mismo párrafo en las ediciones de Biblioteca Nueva, incluso en el CD (Freud, 1995) (traducción de López Ballesteros), es la siguiente (Freud, 1900a, pág. 699) *: “Una hipótesis precisamente determinada sobre la naturaleza del desarrollo de los afectos constituye la base de esta consecuencia. **La represión** (sic) es considerada como una función motora o secretoria cuya **intervención** (sic) depende de las representaciones del Inc.” La última oración resulta tan incomprendible que supongo que se unen en ella, al menos, dos errores. Uno del traductor, al considerar que el pronombre con el que comienza la oración en alemán se refiere a la represión, cuando en realidad sustituye a “el desarrollo de afecto”; el otro error sería del tipógrafo (“intervención”, por “inervación”), porque en muchos otros lugares la palabra inervación se traduce correctamente. Dado que “el descubrimiento” de la expresión “clave de inervación” es anterior a la aparición de la versión castellana de Etcheverry, donde figura una traducción correcta (citada *supra*, pág. 3), imagino que Chiozza la debe haber tomado y traducido de la versión inglesa. (La versión alemana fue consultada con la gentil colaboración de Dorrit Busch.)

⁵ Chiozza y colab. (1993g) señalan que el concepto de “deformación patosomática de los afectos” es semejante al que Freud (1916-17) describe para la angustia. El texto de Freud al que se refieren los autores dice: “La totalidad del ataque puede estar subrogada por un único síntoma, intensamente desarrollado: por un temblor, un vértigo, palpitaciones, ahogos; el sentimiento general puede faltar o hacerse borroso. No obstante, esos estados, que describimos como ‘equivalentes de an-

Continúa en la página siguiente

4. La consideración de una serie complementaria entre acción y afecto (Chiozza, 1976c). Una hipotética descarga plenamente eficaz no deja remanente de excitación que pueda descargarse como afecto. Inversamente, el fracaso en una acción, o la imposibilidad de realizarla, obliga a la descarga afectiva sobre el propio cuerpo.
5. El hallazgo de una explicación teórica para la vinculación, popularmente aceptada, entre los afectos y el corazón (Chiozza, 1978f). El corazón, como vaso modificado y muy complejo, se adecua para representar al conjunto de los afectos, ya que en todos ellos participa de manera significativa un aspecto vasomotriz. “Su ritmo se presta especialmente para otorgar un ‘tono’ afectivo, un particular acento, o importancia, a cada instante que se vive. En otras palabras, el ‘tono’ del afecto que se está viviendo se asocia a la percepción inconciente de un particular ritmo o ‘marcapaso’ cardíaco” (Chiozza, 1986a, pág. 104).
6. La comprensión de las cardiopatías isquémicas como símbolo de la coartación, *in statu nascendi*, de la configuración de un afecto presentado como insoportable y nunca experimentado en la vida por ese sujeto (Chiozza y colab. 1983b). Para comprender esta relación simbólica se hicieron necesarios nuevos desarrollos teóricos.
7. La consideración de la existencia de los protoafectos (Chiozza y colab., 1983b). Dado que las claves de inervación de los distintos afectos son heredadas, en la circunstancia de tener que sentir por primera vez una emoción, el sujeto sufre un des-concierto afectivo: la vivencia de que las distintas claves de afectos ya conocidos se disputan la descarga.⁶ En condiciones normales, el desconcierto finaliza cuando, desplegando una disposición afectiva heredada, el sujeto configura un afecto que él que nunca había sentido.
8. El descubrimiento de nuevas nominaciones para identificar sentimientos. Chiozza subraya que el lenguaje humano es pobre en palabras para nominar sentimientos. “La investigación psicoanalítica de los trastornos somáticos ha conducido a descubrir afectos que, por lo habitual, no son reconocidos o nominados como tales. Por ejemplo el sentimiento de ignominia, de desmoronamiento, de propiedad, de infracción, de estar en carne viva, o de estar escamado” (Chiozza y colab., 1993g, pág. 240). Sin embargo, la limitación persiste. Por su propia naturaleza, muchos afectos se sienten como imposibles de verbalizar, “sencillamente” porque no hay palabras que puedan convocar, con sus representaciones, el significado que nos afecta: son los llamados **sentimientos inefables**, sea porque se trata de vivencias agradables, pero sutiles e indes-

Viene de la página anterior

gustia’, pueden equipararse a estos últimos en todos sus aspectos clínicos y etiológicos” (pág. 365).

⁶ Gustavo Chiozza, en “Reconsideraciones sobre la histeria de conversión”, presentado en 1994 en la Fundación Luis Chiozza, aporta aclaraciones sobre el desconcierto afectivo. (Puede verse una síntesis de este aporte en Chiozza (1986a), pág. 103.)

criptibles, sea porque, excesivamente penosos, se vivencian como “algo que no tiene nombre” (Chiozza, 1986a, pág. 105).

9. La participación del sistema límbico en la configuración de las emociones. Los sentimientos **se originan y adquieren su cualidad en el funcionamiento propio de cada uno de los órganos**. El cerebro roedor o “caliente” no es la “sede” de las emociones; sin embargo, “En tanto la emoción se configura como un proceso de descarga vegetativa, sensorio motora, *el sistema límbico*, cuya función consiste en regular dichos procesos, *parecería actuar como central organizadora* (de los componentes somáticos) *de la clave de inervación, que determina la figura específica de cada afecto en particular*” (Chiozza y colab., 1993g, pág. 199).
10. La corteza cerebral, el pensamiento y los afectos. Como desarrollo de la idea freudiana de que el pensamiento debe atemperar los afectos (Chiozza y colab., 1991b), el pensamiento chiozziano sostiene que “(...) si la descarga de una pasión resulta displacentera para una parte del yo, o se genera un conflicto entre emociones contradictorias, puede surgir la necesidad de atemperar los afectos, proceso que se realiza a través del trabajo del pensamiento, es decir, de la ligadura que integra los componentes ideativos del afecto conflictivo con los de otros afectos o con procesos cogitativos y juicios previos. En otras palabras: las investigaciones desarrolladas por la neurofisiología acerca del cerebro y, más específicamente, de la corteza cerebral, coinciden con los hallazgos provenientes del psicoanálisis en sostener que una de las funciones de los pensamientos es la de atemperar las emociones” (Chiozza y colab., 1993g, pág. 197-8).
11. Desarrollo y ampliación de la idea freudiana de que los giros lingüísticos se fundamentan en las sensaciones somáticas de las emociones. “Podemos aseverar que todo nuestro lenguaje se construye de manera análoga, es decir, surge asociado con sensaciones somáticas, antiguamente concientes, vivenciadas como experiencias concretas, desfiguradas hoy por la represión y por la atemperación de los afectos.” (Chiozza y colab., 1993d, pág. 280).
12. Un desarrollo incipiente pero muy significativo es, a mi entender, subrayar la existencia de una **conciencia afectiva** y la necesidad de ampliarla como meta del análisis, descubriendo o revalorizando “un mundo afectivo más complejo o más rico, enraizado, de manera natural, en el cuerpo” (Chiozza y colab., 1993g, pág. 245). Si el cerebro se arroga la representación de la función de atemperar la tormenta pasional y el corazón representa “esa particular integración por la cual ‘nacen’ los afectos”, “*El crecimiento emocional de un sujeto no sólo depende de la posibilidad de atemperar algunas pasiones, sino también de cuales serán las disposiciones afectivas inconcientes que se actualizarán en*

*su vida, permitiéndole "desplegarse" en la plenitud de su forma" (Chiozza y colab., 1993g, pág. 244).*⁷

Más allá de esta síntesis esquemática sobre los aportes de Chiozza a la **teoría** de los afectos, la obra de este autor aparece impregnada por la importancia de las emociones. Pensemos por ejemplo en el desarrollo de una metahistoria como complemento obligado de la metapsicología freudiana, la insistencia en las ventajas de utilizar el "lenguaje de la vida" como parte del arte psicoanalítico a fin de evitar la intelectualización, y el estilo literario de la mayor parte de su obra. Pero sobre todo me interesa subrayar, ya que tal vez, por tenerlo tan a la vista, nos pase desapercibido, **la cantidad de sentimientos que se analizan, con mayor o menor grado de detalle, en el total de su obra.**⁸ Muchos están vinculados al significado de patologías, como la envidia, los celos, la esperanza, el asco, la vergüenza, el letargo, el llanto, la ambición, la voracidad, la rabia, el desaliento, distintas formas del miedo, los sentimientos de pertenencia, de propiedad, de tolerancia, de ignominia, de dignidad e indignación, de conformidad, de condena, de "impotencia energética", de seguridad, etc. Muchos otros, para establecer semejanzas, diferencias y oposiciones con los anteriores, por ejemplo, el entusiasmo, la amargura, el horror, el aburrimiento, el remordimiento, la sumisión, el sometimiento, la crueldad o el orgullo. Otros, en fin, no vinculados con el estudio de patologías orgánicas (referidos o no a zonas erógenas específicas), como la nostalgia y el anhelo, el círculo celos-venganza-culpa, el sentimiento de trascendencia o el de injusticia (falso privilegio).

Después de lo dicho, creo no equivocarme si digo que entre las líneas rectoras que pueden utilizarse como columna vertebral para recorrer una obra vasta como la de Chiozza, una de las más importantes debe ser la del estudio de la teoría psicoanalítica de los afectos y el significado de los distintos sentimientos.

⁷ La consideración de que "el afecto se descarga siempre", aunque sea derivado por otros caminos (Chiozza, 1986a, pág. 105), constituye, tal vez, una diferencia con respecto a Freud. Como vimos, Freud consideraba la posibilidad de que debido a la represión el afecto sea sofocado y se estorbe "por completo su desarrollo" de modo que "nada se sepa de él" (1915e, pág. 174). Para Chiozza, dado que el afecto puede aparecer deformado sin que la conciencia lo registre como tal, también en los casos que aparentemente nada se sabe de él, el psicoanálisis puede descubrir y recuperar la significación que se pretendía ocultar. La importancia de esta diferencia, sin embargo, me ofrece un margen de duda, porque me resulta difícil saber bien a qué se refería Freud con la posibilidad señalada.

⁸ Cfr. Luis Chiozza CD, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.

II. EL SENTIDO DE LOS AFECTOS

Algunos interrogantes de partida

Según Freud (1920g), el decurso de la vida anímica está regulada automáticamente por el principio de placer, que procura el alivio de toda tensión displacentera mediante la descarga de la excitación. Para obtener ese alivio –evitar la frustración y el dolor o para la satisfacción de las necesidades–, recurrimos a **acciones** específicas que, cuando logran su propósito, las llamamos eficaces. Con el fin de seleccionar la acción específica y alcanzar mayor eficacia las preparamos mediante un ejercicio tentativo, a pequeña cantidad: el **pensamiento**.

En este esquema, sin duda demasiado simple, ¿qué lugar ocupan los afectos? No son pensamientos para preparar acciones eficaces. Es más, dado que determinadas representaciones cogitativas son capaces de provocar el desarrollo de afectos –penosos o placenteros–, muchas veces los afectos desvían los decursos de pensamiento y perturban el resultado. Tampoco son acciones que nos conduzcan a la satisfacción; por el contrario, los afectos son descargas sobre el cuerpo propio que se incrementan en la medida que las acciones destinadas a modificar el mundo externo fracasan en su cometido (Chiozza, 1976c).

A esta argumentación “en contra” de los afectos, quizás demasiado racional o “lógica” pero válida, podría agregarse el hecho de que las defensas que utiliza el yo, habitualmente patológicas, son, como vimos, para evitar el desarrollo de afectos penosos. De modo que los afectos son los “responsables” últimos del enfermar.

¿Cuál es entonces el sentido de los afectos? ¿Poseen alguna “ventaja biológica”⁹ o son un error de la Naturaleza que conservó restos de acciones antiguamente eficaces y hoy constituyen meros monumentos conmemorativos de “éxitos” pasados?

Pese a lo dicho, los afectos son una realidad y nos importan. Sentimos que la vida sin los sentimientos perdería su sabor y hasta nos parece que, quizás, una vida, en esas condiciones, no merecería ser vivida.

Por otro lado, en dirección opuesta a los argumentos anteriores, pensadores actuales¹⁰ han planteado que el “error” de la Naturaleza tal vez consista, precisamente, en el defecto contrario: el “escaso” desarrollo de los afectos en comparación con la “exagerada” evolución del pensamiento.

A su vez, el psicoanálisis, lejos de proponerse la desestima de los afectos, tiene el objetivo opuesto. Ha mostrado la ventaja de reconocer y aceptar la importancia de los sentimientos, al punto que la aspiración de la terapia analítica, como vimos en

⁹ Tal como señala Strachey (1966), Freud recurre en muchas ocasiones en su obra a explicaciones “biológicas”. Se trata en realidad de explicaciones por el sentido. En este caso, el sentido o la ventaja está dada por el valor de supervivencia para la especie.

¹⁰ Cfr. Chiozza (1980c, pág. 104) y los autores que él cita: Koestler y Mac Lean. Véase también Chiozza y colab. (1993g, pág. 196).

Freud, es reconducir los sentimientos a sus motivos originales deshaciendo las formaciones sustitutivas inadecuadas con las que se procura evitar afectos penosos.

¿Cuál es entonces el sentido de los sentimientos?

El mensaje de los afectos

Si bien los afectos, en tanto alteración del cuerpo propio, resultan ineficaces para el logro de la satisfacción que procura el objeto externo, dicha alteración “interior”¹¹ cobra en la temprana infancia una función secundaria, de máxima importancia: sirve de señal comunicativa para el objeto experimentado que advierte el estado de carencia del niño y lo auxilia (Freud, 1950a, pág. 362-3).

El desvalimiento infantil del ser humano hace necesario que la madre asuma temporariamente muchas de las funciones que poco a poco **el yo del niño puede ir asumiendo como propias** a través de la identificación. Parece posible sustentar entonces la siguiente hipótesis: **si el afecto cumple la importante función de comunicación, puede pensarse que en la vida adulta el primer destinatario del mensaje de los afectos es el propio yo, ya que ahora es el yo, y no el objeto auxiliar externo, quien, en primera instancia, debe ejecutar la acción eficaz.** Esta idea no invalida, por otra parte, la anterior, ya señalada: importancia del afecto en su función de comunicación con “el otro”, sea este auxiliar, modelo, rival u objeto de amor.

En muchos aspectos los afectos fueron estudiados psicoanalíticamente sobre la base del modelo del afecto angustia, pero esta faceta del afecto –el afecto como señal– no había sido suficientemente subrayada. Sin embargo, la idea de que todos los afectos deberían llegar a funcionar como señal había sido expuesta por Freud desde los comienzos. “El pensar tiene que tender (..) a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de placer, y a **restringir el desarrollo del afecto por el trabajo del pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal**” (Freud, 1900a, pág. 592).

De acuerdo con estas consideraciones, deberíamos pensar que todo afecto, mientras su monto de descarga se realice en niveles “fisiológicos”, significaría **una señal, una comunicación, un mensaje para el yo.** Esta descarga afectiva **actual, aunque no plena, sino reducida a señal,** sería un reclamo, un estímulo, una incitación para el yo a fin de que emprenda una acción que aún no ha comenzado, o para que mejore su rendimiento, si la acción ya está en trámite pero su resultado todavía es insuficiente. En este sentido Chiozza (1995g) afirma que si bien los afectos primariamente son el testimonio de una ineficacia, secundariamente, el afecto placentero puede funcionar de una manera sana, “como ‘índice’ de que la acción se encamina hacia la eficacia que aliviará la excitación”.

¹¹ Chiozza (1998, pág. 361) ha señalado la inconveniencia de considerar las sensaciones como “internas” y prefiere designarlas como “propioceptivas”.

O sea, los afectos, atemperados al punto de ser utilizables como señal, encuentran su lugar y su sentido en el acontecer anímico. Pero ¿qué relevancia tiene ese lugar para que los afectos nos importen tanto?

Actualidad y significación del afecto

Chiozza, a lo largo de su obra, había señalado muchas veces lo que recientemente (Chiozza, 1998) destacó con particular énfasis: El afecto, en cuanto descarga que se siente, indica la actualidad, la inmediatez, el “ahora”. Al mismo tiempo, la particular “figura” de esa descarga **es** su significación o su sentido.

Comprender que un afecto es una significación **unida** a los signos de la actualidad, de la inmediatez, del ahora, nos lleva a comprender por qué Chiozza (1995g) dice que “el afecto es la importancia, la significancia del sentido”. O sea, **el afecto es un significado que ahora importa plenamente, un significado que ahora tiene significancia.**

Es decir que, si el afecto se presta en la vida anímica como una señal, podemos apuntar: en cuanto descarga actual señala una **urgencia**, algo que importa **ahora**, y por su particular figura indica **el punto** en el que radica la urgencia, es decir, **qué es precisamente** lo que ahora importa.

El sentido de la angustia según Freud

Estas ideas acerca del sentido de los afectos puede apoyarse en algunos conceptos de Freud. Como vimos, Freud ya había indicado la necesidad de que los afectos, atemperados por el pensar, funcionaran como señales. Esta función aparece, sin embargo, como algo que se alcanza secundariamente.

En otro texto Freud, aunque referido específicamente a la angustia, expresa una idea diferente.

“Las inervaciones del estado de angustia originario probablemente tuvieron pleno sentido y fueron adecuadas al fin, en un todo como las acciones musculares del primer ataque histérico. Si uno quiere explicar el ataque histérico, no tiene más que buscar la situación en que los movimientos correspondientes formaron parte de una acción justificada. Así, es probable que en el curso del nacimiento la inervación dirigida a los órganos de la respiración preparara la actividad de los pulmones, y la aceleración del ritmo cardíaco previniera el envenenamiento de la sangre. Desde luego, este acuerdo a fines falta en la posterior reproducción del estado de angustia en calidad de afecto, como también lo echamos de menos en el ataque histérico repetido. Por lo tanto, cuando un individuo cae en una nueva situación de peligro, fácilmente puede volverse inadecuado al fin que responda con el estado de angustia, reacción frente a un peligro anterior, en vez de emprender la reacción

que sería adecuada ahora. Empero el carácter acorde a fines vuelve a resaltar cuando la situación de peligro se discierne como inminente y es señalada mediante el estallido de angustia. En tal caso, esta última puede ser relevada enseguida por medidas más apropiadas. Así, **se separan dos posibilidades de emergencia de la angustia: una, desacorde con el fin, en una situación nueva de peligro; la otra, acorde con el fin, para señalarlo y prevenirlo.**” (Freud, 1926d, págs. 127-8).

Aquí la angustia, **puede**, en ciertas condiciones, convertirse en ventajosa, útil, acorde a fines. Pero Freud va más allá.

“En el hombre y en las criaturas emparentadas con él, el acto de nacimiento, en su calidad de primera vivencia individual de angustia, parece haber prestado rasgos característicos a la expresión del afecto de angustia. Pero no debemos sobreestimar este nexo ni olvidar, admitiéndolo, que **un símbolo de afecto para la situación de peligro constituye una necesidad biológica** y se lo habría creado en cualquier caso” 1926d, pág. 89).

De acuerdo con esta idea, la angustia no deviene símbolo o señal secundariamente. Constituye una **necesidad biológica** y fue montada ya desde su origen con la intención de servir para señalar el peligro. El conservar como reminiscencia restos de acciones otrora eficaces no habría sido, entonces, un suceso indeseado, sino un ingenioso recurso de la vida que conservó un recuerdo –y la disposición a actualizarlo con suficiente intensidad– para que le sirva de señal cuando se le presenten situaciones vitales de significado equivalente.

Creo que estas ideas, en principio válidas para la angustia, se aplican a la gran mayoría de los afectos. Si es así, cada afecto con su forma particular de descarga y su tonalidad propia constituiría una señal específica que se construyó a partir de la ventaja biológica que significaba contar con tales señales. Sin embargo, como ocurre con cualquier otra función, “pensada” por la vida para fines útiles, puede fallar o ser utilizada inadecuadamente. Pero esto ya es parte del capítulo de la patología.

Acerca del afecto y la “cantidad”

Chiozza en *Reflexiones sin consenso* (1995g) afirma que el afecto puede descargarse a plena o a mediana cantidad. De acuerdo con lo que venimos diciendo, todos los afectos y no sólo la angustia, tendrían la posibilidad de descargarse de acuerdo a dos modalidades: como desarrollo o desprendimiento pleno (plena cantidad) o como afecto-símbolo (mediana cantidad).

La utilización de la palabra “cantidad” quizás induzca a error, porque la verdadera diferencia no es tanto de cantidad sino cualitativa. La diferencia estriba en lo que significan aquí en los adjetivos “plena” y “mediana”. Si pensamos que cada afecto

constituye una serie complementaria con una acción específica que cancelaría esa particular excitación, deberíamos suponer que la descarga plena de un afecto sería aquella que se realiza **en lugar de** la acción eficaz correspondiente. La descarga mediana, en cambio, correspondería a aquella que no sustituye a la acción, sino que por el contrario, la señala, la incita, marca la importancia de realizarla **ahora**. Sería, como dijimos, la señal específica de **una urgencia actual** que sobresale sobre otras que en este momento permanecen latentes, carecen de actualidad.

En este sentido cabe la posibilidad de la existencia de **afectos intensos** que de todos modos sean señales (mediana cantidad), porque no se descargan “plenamente” en lugar de la acción, sino que la estimulan con vehemencia. Imaginemos, por ejemplo, un hombre que **actúa** eficazmente y realiza obras, **guiado por una pasión** que le llena la vida.

La normalidad original de los afectos

Las ideas anteriores concuerdan, además, con otros conceptos convincentes.

Chiozza ha señalado que es más natural imaginar que el yo en sus comienzos está integrado y la aparente desintegración inicial ya es consecuencia de las defensas frente a estímulos intramitables.¹² Si esto es así, parece más lógico pensar que mientras el yo inicial se mantiene integrado, los afectos no se descargan a plena cantidad. En ese caso, los afectos, **primordialmente**, cuando el yo está todavía integrado, transcurrirían a mediana cantidad. “Luego”, el yo incipiente, debido a su endeblez, al no alcanzar la satisfacción, sufre el incremento de la descarga afectiva cada vez más plena y al mismo tiempo más insatisfactoria. Surgirían así los afectos llamados **primarios** o pasionales (Chiozza y colab., 1993g). A medida que el yo se fortalece y logra atemperarlos, se originan los afectos **secundarios** o sentimientos (Chiozza y colab., 1993g).

Esta idea concuerda además con lo que Freud señala como sentido de la angustia. Si la finalidad biológica de la angustia fue ser un símbolo, primordialmente tuvo que haber surgido como una cantidad suficiente para cumplir sus fines y no como un desarrollo pleno de angustia que, por el contrario, los dificultaría.

Cabe la pregunta, sin embargo, si no hay afectos típicos y universales en los que ya este sentido primario y acorde a fines se haya visto tergiversado. Imagino, por ejemplo, el rencor. El diccionario (RAE, 1992) lo define como “resentimiento arraigado y tenaz”. Podría tratarse de un sentimiento que en sí mismo ya indica el fracaso de su sentido primordial, es decir que no podría funcionar como señal sino que siempre indicaría la presencia de una cantidad excesiva y perjudicial. La etimología parece avalar la idea de que, en el caso del rencor, la función primordial del afecto aparece arruinada. Rencor proviene de *rancor*, que significa ranciedad, de *rancere*, estar descompuesto o echado a perder, oler mal (Gómez de Silva,

¹² Se trata de una idea que le he escuchado muchas veces, pero, según creo, no la ha escrito.

1985). El rencor equivaldría a un resentimiento o encono “que se ha conservado vivo y se ha re-concentrado a lo largo del tiempo” (Chiozza y colab., 1993g, pág. 236).

De todos modos, al igual que los afectos acordes a fin, el rencor es capaz de promover acciones, pero estas conllevarían un fracaso mayor recargando la fuente. En lugar de conducirnos a la satisfacción, las acciones motivadas en el rencor generan, en círculo vicioso, más fracaso y más rencor. Sería, efectivamente, un **resentimiento**, un sentimiento que falló en su función genuina de promover una acción eficaz, pero persiste, e insiste con más de lo mismo.

III. IMPLICANCIAS y APLICACIONES

1. Acerca del “motor” de la vida anímica

El texto freudiano nos permite afirmar que el motor de la vida anímica es la pulsión.¹³ La pulsión es un estímulo constante del cual es imposible huir de modo que constituye **una exigencia de trabajo** y en ese sentido es un motor.

Sin embargo, *La interpretación de los sueños* nos presenta al deseo como **motor** no sólo del sueño, sino de todo el suceder anímico. Esta afirmación, creo, no es discutida por ningún psicoanalista y la Escuela Francesa lo subraya con especial énfasis.

Por su parte, leemos en Chiozza (1986a, pág. 99): “lo que mueve (con-mueve) a nuestro ánimo, su moción es la emoción”.

Se trata de afirmaciones que son, según entiendo, más coincidentes de lo que parecen a primera vista, pero también implican diferencias de enfoque y de acentos que resulta interesante destacar.

Freud (1915c) se quejaba de la falta de una teoría acerca de las pulsiones y frente a esa carencia él mismo se vio en la necesidad de llenar ese vacío: tomando como modelo el estímulo externo y sobre la base de cuatro parámetros –fuente, esfuerzo, objeto y meta– trazó una construcción teórica, un modelo de orden abstracto. Así concebida, la pulsión no es algo que nos pasa, es un modelo para comprender lo que nos pasa. Tal vez por eso, decir que lo que nos mueve es la pulsión puede ser correcto conceptualmente, pero alejado de la vida que vivenciamos.

En la misma línea argumental cabe observar que la pulsión pertenece por entero al ámbito de ello. El yo, cada yo individual, no experimenta una pulsión. Lo que experimentamos en nuestra vida anímica son sus derivados. Por eso, en el lenguaje cotidiano hablamos de **necesidades** como los motivos últimos de nuestro obrar.¹⁴

A partir de la necesidad, Freud desarrolló sus conceptos sobre el deseo. Considera que la “primera” satisfacción de una necesidad deja una profunda huella: la vivencia de satisfacción. “Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, mediante el enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo” (Freud, 1900a, pág. 557”).

¹³ Racker (1957) retrocede un paso más atrás y considera que la carencia es la que genera la pulsión.

¹⁴ Freud (1915c, pág.114) equipara “estímulo pulsional” a “necesidad” y los da como sinónimos.

En el *Proyecto..* (1950a), cuando trata los mismos temas dice que como consecuencia de la vivencia de satisfacción queda una imagen-objeto y una imagen-movimiento. “Con el refluoramiento del estado de *esfuerzo* o de *deseo*, la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima. Tal vez sea la imagen recuerdo del objeto la alcanzada primero por la *reanimación del deseo*” (pág. 364).

De acuerdo con estas citas, cuando resurge una necesidad, se reanima el deseo, la huella mnémica de la percepción de un objeto. El **deseo aparece como el primer derivado** en la conciencia de la necesidad pulsional.

Sin embargo, en los mismos textos, también afirma Freud: “La excitación impuesta por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad que puede designarse “alteración interna” o “expresión emocional” (1900a, pág. 557). En el *Proyecto...* encontramos el párrafo equivalente. El surgimiento de la necesidad, “tendrá por consecuencia un afán de descarga, un *esfuerzo* {*Drang*}. La vía que a raíz de ello primero se recorre es la que lleva a la *alteración interior* (expresión de las emociones, berreo, inervación vascular)” (pág. 362).

Según estas últimas citas, **lo primero que se registra es la alteración interior**, o sea, las complejas sensaciones somáticas que configuran los afectos.

Pareciera que, en la teoría, partiendo de la pulsión (o de la necesidad), **deseo y afecto se disputan la prioridad como expresión consciente de la carencia**. Esto resulta más llamativo si pensamos que, de acuerdo con las definiciones de la metapsicología, afecto y deseo se presentan como opuestos: el deseo es la investidura, la **recarga**, de la huella mnémica de la experiencia de satisfacción; el afecto, en cambio, se lo define como un proceso de **descarga**.

No obstante, esta diferencia es sólo aparente. Como veremos al final de este apartado, en un escrito reciente de Chiozza (1998) la relación entre deseo y afecto se clarifica, incluso desde la metapsicología. Conviene sin embargo realizar el recorrido porque permite observar algunas consecuencias de interés.

Considerando la descripción que hace Chiozza (1972a) de la complejidad de la llamada primera vivencia de satisfacción, caemos en la cuenta de que reinvestir esta huella no es un proceso que se cumple **meramente** a nivel de representaciones. La proximidad de significado que tienen deseo y afecto se hace evidente si nos preguntamos: Cuando tenemos hambre, nos están por servir una comida que presentimos apetitosa y se nos hace agua la boca, ¿tenemos un deseo o un afecto? ¿Se invierte una huella mnémica o se descarga en el cuerpo propio?

Ocurre que, según el esquema freudiano, trazado con líneas gruesas, la huella mnémica equivale a un molde que se carga o llena (deseo) y **luego** se descarga o vacía en el cuerpo propio (afecto) o en el mundo exterior (acción), como si se tratara de un proceso en dos tiempos. Pero la analogía mecánica y física implícita en la metapsicología, en este caso resulta insuficiente. Pensando en términos más metahistóricos se hace evidente que **cuando algo cobra importancia – investidura o carga de la huella mnémica– al mismo tiempo** eso que cobra importancia **nos afecta –descarga afectiva–**.

Otros desarrollos chiozzianos justifican también esta equivalencia. Chiozza describe tres vías de ingreso de los contenidos de conciencia: percepción, sensación somática y memorias. Según cuál es la vía de ingreso, los contenidos de conciencia configuran la idea de un mundo físico, de un universo afectivo y de un universo psíquico. (Ver esquema en la página siguiente.)

En el caso de la “tercera” ventana, la de las memorias, incluye: 1) las **representaciones** y las **remembranzas**, más próximas a la mínima investidura, la recarga de huellas mnémicas de la percepción y los signos de descarga lingüística, y 2) los **recuerdos y las reactualizaciones**, que dada su mayor investidura se vinculan con los signos de descarga sensoafectiva y se aproximan a la serie de las sensaciones somáticas y a los afectos.

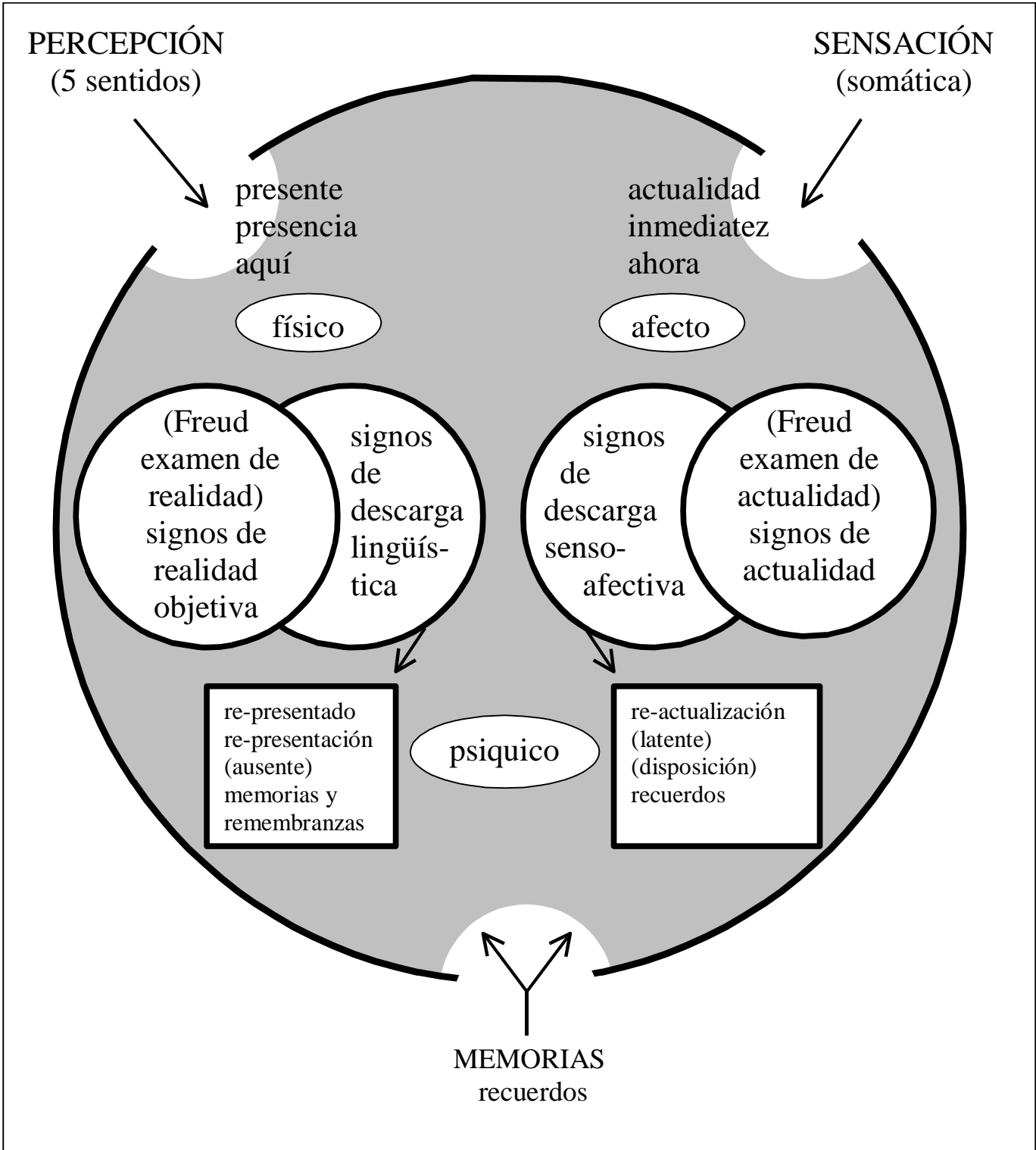
Según este esquema de la triple organización del conocimiento en la conciencia, un proceso, en sí mismo único, es registrado por la conciencia o bien como un aumento del deseo de un determinado objeto (recarga), o como una serie de sensaciones somáticas (descarga), estructuradas de tal modo que las registramos como un particular sentimiento. En otras palabras, **si la conciencia privilegia la representación** del objeto de la necesidad, nos hallamos en presencia de un **deseo**, **si la conciencia privilegia las sensaciones somáticas**, sentimos la inmediatez de un **afecto**.

Más allá de las inclinaciones individuales y de las diferentes circunstancias que determinan que la conciencia prefiera privilegiar una u otra vía de ingreso, me parece interesante señalar las implicancias de preferir, en **una concepción teórica general**, subrayar el deseo o el afecto como motor de la vida anímica.

El deseo, ligado a la representación del objeto, lo más variable de la pulsión, posee un **matiz más individual**, y, además, por definición se vincula a la representación. La teoría que privilegia el deseo como motor, acentúa lo individual, el universo de representaciones y del lenguaje verbal y la **conciencia cognitiva**; insensiblemente puede **inclinarse a privilegiar lo racional y desestimar la importancia de los sentimientos**.

El afecto, definido como universal y congénito, se nos aparece como más próximo a lo corporal (sensación somática) o, mejor aún, como “bisagra” que articula los territorios que la conciencia categoriza como psíquico y somático. La teoría que privilegia el afecto como motor, acentúa el **carácter compartido del universo de la significación**, subraya la existencia de una **conciencia afectiva que señala las importancias e induce a deshacer la disociación cuerpo-mente**.

En esta postura el deseo no pierde su significación, incluso es posible comprender mejor la relación entre afecto y deseo. En un escrito reciente, Chiozza (1998) **reubica** el deseo dentro del esquema metapsicológico. Podría decirse que lo coloca como un eslabón intermedio entre recuerdo y afecto, despegándolo del universo



Nota: En diciembre de 1998 Luis Chiozza presentó el trabajo "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto". En esa ocasión fue distribuido entre los asistentes este esquema.

de las representaciones y aproximándolo al de las sensaciones somáticas. Dice: "(...) el deseo no se caracteriza, como el afecto, por ser un proceso de descarga, ni se caracteriza, como el recuerdo, por unirse a los restos mnémicos de percepciones anteriores, *aunque ambos procesos forman parte del él*, sino que lo que parecería constituir la peculiaridad esencial que lo 'define' es el *devenir 'actualmente' conciente a partir de los restos mnémicos de sensaciones anteriores*" (pág. 369).

2. Sobre el sentido del sentimiento de satisfacción

Chiozza (1995g) sostiene: "si la acción fuera 'totalmente' eficaz no habría afecto. Esto parece absurdo, porque solemos pensar que, precisamente, el 'premio' de la acción eficaz es el afecto placentero. (...) El 'premio' de la acción eficaz es otro. Es hacer cesar la excitación en su fuente. Lo cual equivale siempre a la evitación de un sufrimiento (displacer) que sólo puede acompañarse de un afecto placentero cuando la descarga en la acción es incompleta". Y agrega que el afecto placentero¹⁵ puede funcionar secundariamente de dos maneras: "Una de ellas, sana, como 'índice' de que la acción se encamina hacia la eficacia que aliviará la excitación; la otra, enferma, como un 'vicio' que nos aleja de la vida."¹⁶ Concluye que "más allá de toda consideración peyorativa, (..) la emoción es, primariamente, el testimonio de una ineficacia".

Aunque el hecho de que el afecto sea el testimonio de una ineficacia no significa que se trata de patología –lo que importa es qué se hace a partir de ese testimonio–, esta afirmación suele generar mucha resistencia. Sobre todo cuando pensamos en los sentimientos de satisfacción que experimentamos "después" de las acciones que consideramos eficaces.

En el diario vivir experimentamos muchas veces sentimientos que consideramos saludables y que los sentimos "antes", durante y "después" de la realización de la acción.¹⁷ Tomemos, por ejemplo, la excitación genital, o si se quiere, el "tiempo de hacer el amor". A los fines de este ejemplo, consideremos **el coito como la ac-**

¹⁵ El texto se refiere al placer en general, pero sabemos que no hay placeres inespecíficos, sino que siempre son la descarga de un particular afecto.

¹⁶ Esta frase de Chiozza referida a los afectos placenteros parece equivalente a la ya citada de Freud en la que describe "dos posibilidades de emergencia de la angustia: una, desacorde con el fin, en una situación nueva de peligro; la otra, acorde con el fin, para señalarlo y prevenirlo." (Freud, 1926d, pág. 127-8)

¹⁷ Al decir "antes", durante y "después" no me refiero al tiempo cronológico, sino al concepto de presente amplificado (Chiozza y colab., 1997e, pág. 137) implícito en la noción primordial de tiempo (Chiozza, 1978f), cuya noción se constituye precisamente a partir de los afectos que marcan la cualidad y acentúan la importancia del instante que se vive.

ción eficaz y el concierto polifacético de sensaciones que lo acompañan como **un único afecto, el orgasmo**.¹⁸

EL placer “previo”, el que acompaña los juegos preliminares, de acuerdo con lo que decimos en este trabajo, induce, conduce, dirige las acciones hacia su meta final.

Por su parte, la culminación misma del acto se acompaña de un placer intenso, el orgasmo propiamente dicho. Podríamos decir que este afecto, que acompaña la consumación del coito “durante” la acción, es el que la conduce hasta su punto de llegada. Para Freud (1914c, pág. 76), el placer del orgasmo es un premio que recibe el yo por poner sus fuerzas al servicio del plasma germinal. Pero, de acuerdo con lo que venimos diciendo, no es un premio que se obtiene “después de”, sino que se experimenta como una promesa que tracciona desde adelante y conduce a su búsqueda hasta alcanzarlo. Es decir, **pre-sentir** el orgasmo induce y promueve a realizar, precisamente, las acciones que provocan la culminación del encuentro.

Pero, ¿qué significa el placer “posterior”, que contrariamente a lo que indica la teoría parece más perdurable cuando el encuentro ha sido más pleno, es decir, cuando la acción parece haber logrado su máxima eficacia? ¿Cómo interpretar los sentimientos de satisfacción, de alegría, de contento, que perduran como vivencia incluso “al día siguiente”? Son, sin duda, afectos: vivencias subjetivas acompañadas por las sensaciones somáticas específicas que constituyen su clave de inervación. El observador externo puede ver en los signos físicos de la satisfacción en el semejante, como observa el rubor en quien está avergonzado. Creo que este es el caso en el que más repugna pensar en los afectos como testimonio de una ineficacia.

Es verdad que motivos neuróticos, por ejemplo la vivencia de triunfo edípico, podrían sostener una intensa vivencia de satisfacción, que sustentada en la rivalidad, más allá de las apariencias implicaría un fracaso en el encuentro genital.

Creo sin embargo que cuando Weizsäcker sostiene que “Pareciera que el orgasmo representa en sí mismo la extinción de la culpa”,¹⁹ se refiere a otro significado del orgasmo. Si, como dice Chiozza, la autoestima es el exacto inverso de la culpa,²⁰ el sentimiento de autoestima elevada que perdura después del orgasmo, posee un significado más profundo.

¹⁸ El tema del orgasmo está tomado aquí sólo a modo de ejemplo del sentimiento de satisfacción. Acerca del orgasmo y del orgasmo como afecto cfr. Los trabajos “Acerca del orgasmo y la capacidad orgástica”, de Dorrit Busch de Adamo, presentado en el CIMP, noviembre de 1984 y “Psicoanálisis del orgasmo”, de Dorrit Busch y Gladys Lacher, presentado en CWCM, septiembre de 1992.

¹⁹ Citado de la *Patosofía* por Dorrit Busch en el trabajo “VIKTOR VON WEIZSÄCKER. Algunos conceptos de la antropología médica. Algunas ideas acerca de la sexualidad”, presentado en el CWCM, en noviembre de 1994, pág. 21.

²⁰ Luis Chiozza, Mesa redonda sobre “Autoestima”, realizada en el CWCM, Buenos Aires, 1992. Inédito.

Freud (1905d, pág. 1224) consideraba que, en la sexualidad femenina, el clítoris es semejante a una astilla que trasmite el fuego a los órganos vecinos y permite el desarrollo genital pleno. Podríamos decir, parafraseando a Freud, que en el encuentro genital más logrado, la genitalidad es la astilla que enciende la hoguera del orgasmo que conmueve al cuerpo todo. En el mismo sentido que Freud (1920g) hablaba de la *amphimixis* o coito de los protistas como una forma de rejuvenecimiento, en el orgasmo todas y cada una de las células participarían de la conmoción revitalizadora.

En un trabajo anterior (Boari, 1991), desarrollando esta línea de pensamiento, decía: “El sentido de la sexualidad es buscar la unión, el intercambio, la complejidad, el enriquecimiento vital a partir de diferencias "óptimas", "que tienen luego que ser agotadas viviéndolas". En su naturaleza última es siempre generadora de vida – ¡genital!– , pero no sólo en el sentido de la reproducción, sino en el sentido de generar ideas, proyectos, caminos, trayectos que deben ser vividos, agotados en el proceso de vivir” (Pág. 6).²¹

Desde este punto de vista, la satisfacción que perdura después del orgasmo satisfactorio no desmiente la teoría de que el afecto testimonia una ineficacia. El malentendido se origina en que solemos atribuir estos afectos a “lo ya realizado”. Cabe pensar, en cambio, que estos afectos agradables no provienen del pasado, sino que son, otra vez, señales, estímulos, indicios **que promueven la realización de nuevas acciones que todavía no estamos realizando**. En palabras de Freud, nos hemos llenado de nuevas diferencias vitales que deben ser agotadas en el proceso de vivir.

Si nos preguntamos ahora por qué deben ser agradables estas señales, debemos suponer que se trata del deseo de alguien que se siente fuerte²² –con menos culpa, con más autoestima–, y, estimulado por la experiencia del “éxito reciente”, tiene confianza y entusiasmo para apuntar a las nuevas metas.

Estas ideas encuentran apoyo en el estudio psicoanalítico del significado de las ampollas y la patología ampollar (Chiozza y colab., 1995b). “En las ampollas se materializa una fantasía de almacenamiento o "depósito de las ganas" que equivale a la *capacidad de espera*. Este funcionamiento normal de las ampollas, vesículas o vejigas, se encuentra relacionado con una buena continencia y corresponde al sentimiento de estar contenido o *contento*” (Chiozza, 1986a, pág. 121). En otras palabras: “El sentimiento de estar contento, equivalente del estar satisfecho, se vincula (...) con la capacidad de esperar *conteniendo* a la pulsión” (Chiozza y colab., 1993g, pág. 242).

²¹ Estas ideas coinciden y se complementan con la interpretación que realiza Dorrit Busch (op. cit.) sobre la citada frase de Weizsäcker. “Entiendo que la extinción de la culpa en el orgasmo quedaría vinculada con la vivencia de satisfacción y de armonía e integración con un orden que nos trasciende” (pág. 21).

²² En el mismo sentido que dice Chiozza (1981c) que el anhelo es el deseo de un fuerte, en tanto que la nostalgia es el deseo de un débil

Es decir que, quien está satisfecho o contento no lo está por la acción pasada, sino porque se siente lleno de nuevas ganas, y, confiado, puede esperar hasta encontrar la manera, el momento y el objeto adecuado para la nueva descarga. Así, el estar contento es un sentimiento **actual** y, como tal, testimonio de una ineficacia en el **presente**, no de una ineficacia en lo que ya fue.

Podemos preguntarnos ahora si son aplicables estas ideas a esa serie de acciones que consideramos eficaces y que, al mismo tiempo, se acompañan de una vivencia conciente de satisfacción.

Volvamos a los conceptos de partida según los cuales el sentimiento, aunque sea de satisfacción, testimonia una ineficacia.

- Sin duda, **la satisfacción**, entendida como cancelación de la excitación en la fuente, **es muda para la conciencia**, ya que precisamente al cesar la excitación en la fuente corporal desaparecen las sensaciones somáticas que de ella surgían, o sea, **pierden actualidad y pierden importancia**.
- También es cierto que **la satisfacción nunca puede ser completa** porque el objeto que nos la brinda es el de la identidad de pensamiento, que nunca coincide con el de la identidad de percepción. Sin embargo, llamamos acciones eficaces a aquellas capaces de provocar una satisfacción suficiente como para que la excitación propia de esa zona erógena deje de superar el umbral, de modo que la conciencia ya no registra esa particular insatisfacción.
- Por último: una acción eficaz hace cesar la excitación en una fuente determinada, **pero no en el sistema completo**.

En consecuencia, la cancelación de una particular excitación, la descarga de una zona erógena, determina que dicha zona no emita más sensaciones, pero **deja disponible el aparato** para el surgimiento de una nueva excitación, **una nueva importancia que hasta ese momento no se había registrado, precisamente porque el aparato tenía otras urgencias a resolver**.

Desde esta perspectiva, no sólo el orgasmo sino toda tarea cumplida de modo suficientemente satisfactorio da lugar a necesidades y deseos nuevos y abre los caminos para nuevas acciones. En este sentido, cuando experimentamos un sentimiento de satisfacción y lo referimos al pasado, por reciente que este sea, conlleva algo de nostalgia y de idealización melancólica de lo que ya fue. Quizás la misma palabra satisfacción –del latín, *satis*, suficiente y *facere*, hacer (Gómez de Silva, 1955)– conlleve un matiz nostálgico, ya que quien se siente **satis-fecho** atribuye su placer presente a haber hecho lo suficiente. Pareciera que la palabra misma, por su significación, apunta al pasado.

Chiozza suele decir que, cuando estamos comiendo y expresamos, por ejemplo, “qué rico que está el bife”, es que hemos comido un bocado de más.

Efectivamente, cuando tenemos hambre comer es nuestra máxima urgencia. Calmada esta necesidad, puede surgirnos, inmediatamente, otra. Quizás, como el bebé que una vez satisfecho necesita comunicarse con su mamá y agradecerle con su sonrisa, nos surja la necesidad de comunicarnos con quien comparte nuestra mesa. Lo natural sería que satisfechos, contentos y alegres, sencillamente ini-

ciemos (o reiniciemos) el diálogo y busquemos el encuentro. Si todo funcionara bien, no necesitaríamos referir nuestra satisfacción a lo que hemos comido. Sin embargo, sea por lo que fuere, muchas veces nos entretenemos insistiendo en buscar el placer en lo que ya fue. Desplazamos nuestra necesidad actual de comunicación sobre el objeto (comida) de una necesidad que ya pasó.

Pero es inútil ilusionarse, dice Chiozza (1984c) “lo que ‘vuelve’ no es igual a lo que fue. Posible, dirá Weizsäcker, es lo no realizado, lo ya realizado es ahora imposible. (...) Lo que no avanza retrocede. Lo que no progresa se arruina. (...) Llegar equivale a partir.”

Desde este punto de vista, en su sentido más genuino, el sentimiento de satisfacción, de contento, de alegría, más que un puerto de llegada –imagen que se desvanece justo en el momento que nos sentíamos ingresando en él–, es un viento favorable –un impulso vital– que nos empuja a zarpar.

3. El doble valor antitético de los afectos

Si bien la sensación no constituye un afecto, los afectos son procesos de descarga que llegan a la conciencia a través de esa superficie o ventana por la que ingresan las sensaciones de la serie displacer-placer (Chiozza, 1998).

El estímulo pulsional se origina en cambios en la fuente corporal, **que se registran en la conciencia como sensaciones de displacer**, y que surgen cualitativamente diferenciadas “desde su fuente” (Chiozza 1998, pág. 364); por eso son capaces de dar noticias de cuál es la necesidad. Como vimos, Para Freud (1950a), cuando resurge la necesidad, “**La vía que a raíz de ello primero se recorre** es la que lleva a la *alteración interior* (expresión de las emociones, berreo, inervación vascular)” (pág. 362).

Las **sensaciones** de displacer parecen, entonces, equivalentes a la alteración interior o **expresión de las emociones**: no habría diferencia entre sensación y afecto. Sin embargo, teniendo en cuenta el concepto de clave de inervación, es posible conjeturar que así como el pensamiento se constituye con un conjunto de representaciones, un afecto –su clave de inervación– equivale a una configuración de sensaciones. Es decir que, en primera instancia, el “grupo” de sensaciones de displacer-placer, propias de cada fuente pulsional, constituyen una figura específica que la conciencia reconoce como un particular afecto o sentimiento

Ahora bien, si asociado a la satisfacción (parcial) de una necesidad puede surgir el placer, y este nace siempre bajo la forma de un displacer que ha finalizado (Chiozza, 1995g), las sensaciones de un particular placer se configurarían **sobre las mismas vías** de un displacer “previo”.

De acuerdo con lo dicho, cada afecto debería poseer, **en principio**, una doble faz, displacentera y placentera. Si bien esta afirmación parece contraria a nuestra experiencia inmediata en la que distinguimos nítidamente afectos placenteros y otros que no lo son, esta idea encuentra apoyo, por un lado, en el hecho de que para muchos sentimientos el idioma posee el antónimo lingüístico exacto (por ej. gratitud, ingratitud; protección, desprotección), y por otro puede anclarse también en el

descubrimiento freudiano (Freud, 1910e) del doble sentido antitético de las palabras primitivas. Además, el estudio de los giros lingüísticos condujo a la conclusión de que las palabras de todo nuestro lenguaje surgieron asociadas a sensaciones somáticas, aunque hoy la conciencia haya perdido la noticia de esta vinculación (Chiozza y colab., (1993d). Así, el doble sentido antitético de las palabras primitivas sería expresión del doble sentido antitético, displacentero-placentero, de las sensaciones somáticas y de los afectos que de ellas derivan.

Para Darwin (1872) son tres los principios que explican las expresiones de las emociones. El principio de los hábitos útiles asociados, el de la antítesis, y el de las acciones debidas a la constitución del sistema nervioso. El primero es que citamos habitualmente a partir de la obra de Freud. Acerca del segundo, que es el que nos interesa ahora Darwin dice: "Ciertos estados de la mente conducen a ciertas acciones habituales que son de utilidad, tal como establece nuestro primer principio. Ahora bien, cuando se provoca un estado de ánimo directamente opuesto hay, una fuerte e involuntaria tendencia a ejecutar movimientos de naturaleza del todo contraria, aun cuando no encierren utilidad alguna. Además estos movimientos son a veces muy expresivos" (Pág. 60).

Describe, por ejemplo, en el perro el estado de ánimo sumiso y afectuoso como **oposición directa** a los movimientos de ataque y furia frente al extraño.

Del mismo modo, en algunas investigaciones de significado específico de los trastornos orgánicos, los sentimientos antagónicos se describen sobre la misma clave de inervación, pero con valores inversos. Por ejemplo se dice:

"(...) un aumento del número (o de la función) de los linfocitos T4 dentro de los límites fisiológicos formaría parte de la clave de inervación de la actitud de afirmar una pertenencia. Por tratarse de un incremento funcional fisiológico, la clave de inervación permanece estructurada y la actitud de afirmar la pertenencia es conciente. Sin embargo, cuando ha sido necesario tomar esta actitud es porque la pertenencia está en conflicto, de manera que desde otro ángulo se trata también de la disposición inconciente al sentimiento de no pertenencia, o impertinencia, que puede llegar a evitarse mediante una actitud maníaca."

"En cambio, también dentro de límites fisiológicos, una pequeña disminución del número o la función de los linfocitos T4 forma parte de la clave de inervación del "sentimiento de no pertenencia" normal y conciente. Aún dentro de lo normal, la disminución de la capacidad de discriminar corresponde a una actitud de tinte melancólico" (Chiozza y colab., 1997b, pág. 268).

En otras palabras, la misma clave de inervación, en cuanto disposición inconciente, se presta para expresar el sentimiento placentero de pertenencia o el displacentero de impertinencia. Se trata en un caso, del sentimiento de un fuerte, o tal vez de quien tiene una actitud maníaca, en el otro, del sentimiento de quien se siente débil, o tal vez, melancólico.

4. Un sentido del afecto en relación con la acción

El hecho de que afecto y acción formen una serie complementaria no significa que actuamos para sentir menos; actuamos para sentirnos mejor. A su vez, el genuino propósito de nuestros sentimientos no es sustituir la acción, sino impulsarnos a mejorarla.

Entre las complejas relaciones que pueden establecerse entre afecto y acción me interesar subrayar una. En mi presentación anterior, Gustavo Chiozza²³ sugirió que así como las percepciones se comparan con los recuerdos, las acciones eficaces que estamos realizando pueden compararse con los sentimientos, ya que estos son reminiscencias de acciones antiguas, filogenéticas.

Tomando esta idea, que en su ocasión pudo ser enunciada muy escuetamente, resulta atractivo pensar que así como para alcanzar la identidad de pensamiento vamos corrigiendo nuestras percepciones hasta hacerlas coincidir lo más posible con las huellas mnémicas, tal vez, de un modo semejante, comparamos nuestras acciones con ese tipo particular de huellas mnémicas que son los afectos a fin de pulirlas hasta lograr una satisfacción suficiente.

Así, los sentimientos no sólo guían, orientan, señalan la dirección de nuestro obrar, también son un mapa, una hoja de ruta a la que automáticamente recurrimos, si es necesario, para enderezar nuestras acciones hacia su meta.

5. El sentido del afecto en relación con el pensamiento

Del mismo modo que la relación entre afecto y acción es un camino de ida y vuelta, la relación entre afecto y pensamiento es una vía de doble sentido.

Se ha destacado que la función del pensamiento de atemperar los sentimientos. Me interesa ahora subrayar una función de los sentimientos en relación con el pensar.

Entre los estudiosos de la Inteligencia Artificial, surge con frecuencia la cuestión del lugar que ocupan los afectos. Según Minsky (1986), es muy común que la gente dude acerca de la posibilidad de que las computadoras puedan comprender y tener emociones, pero para él “La cuestión no es si las máquinas inteligentes podrán tener emociones, sino si podrán ser inteligentes sin tenerlas” (pág. 168).

Las máquinas, afirma, no dejan de parecerse mecánicas, y aclara que “Probablemente no es accidental que la expresión “mecánico” haya llegado a tener dos connotaciones opuestas. Una significa completamente desinteresado, insensible y carente de emoción, desprovisto de motivación. La otra quiere decir implacablemente dedicado a una causa única. De tal forma, ambas sugieren no sólo ausencia de humanidad, sino también algo de estupidez. **El compromiso excesivo conduce a realizar exclusivamente una cosa; la falta de interés, a un vagabundeo sin propósito**” (pág. 168).

²³ Participación en la discusión del trabajo “Sobre el sentido de los afectos”, Simposio 1999. Fundación Luis Chiozza.

En otras palabras, un único afecto, muy intenso, nos enceguece; pero la falta de sentimientos haría que careciéramos de todo norte: nuestro pensar o nuestro hacer carecería de dirección, propósito o **sentido**.

6. La terapia analítica y los afectos

Habíamos partido de la duda acerca de la “ventaja biológica” o el sentido vital de los afectos y llegamos a la conclusión opuesta: por su significación, guían, orientan, señalan la dirección de nuestro pensar y de nuestro obrar; por su carácter de actualidad, nos mueven, nos con-mueven (Chiozza, 1986a), nos fuerzan en esa dirección.

Recorrimos algunas cuestiones inquietantes vinculadas a este tema. Pero hay una que me parece de particular interés. Si los afectos son señales que nos indican precisamente qué es lo que tiene **importancia ahora**, si lo que nos mueve es la emoción, entonces **lo verdaderamente importante es no equivocarnos con respecto a lo que sentimos**, no impedir que nos importe lo que nos importa. Y sin embargo sabemos que eso es más común de lo que nos gustaría pensar.

Vimos que para Freud (1915e), la sofocación del desarrollo de afecto es el motivo y la meta genuina de la represión. Siguiendo esta idea, Chiozza (1986a) sostiene que la razón de todas las defensas es impedir el desarrollo de un afecto penoso, sea que se trate de la neurosis, la psicosis o la enfermedad somática. Subraya también que cuando nos defendemos, lo que auténticamente nos interesa no es cambiar nuestro pensar, ni cambiar nuestro obrar, **nos importa antes que nada cambiar nuestro sentir**.

Pero como de todos modos, aún “separado” de su significación, el monto de afecto se descarga siempre Chiozza (1986a), defendernos equivale a desplazar las importancias y **construirnos una importancia ficticia** que descamina nuestro sentir y, en consecuencia, nuestro pensar y nuestro obrar.

Muchas veces al pensar sobre la tarea analítica me ha surgido como inquietud y como duda ¿es suficiente con hacer conciente lo inconciente? ¿Alcanza con “enderezar lo que el trabajo represivo había torcido”, y volver “a poner en su sitio” los afectos penosos que se pretendía ocultar? (Cfr. Freud, 1915e, pág. 174.) ¿Qué logramos con decirle al paciente lo que siente y no sabe que lo siente, o no sabe cuánto lo siente?

Quizás porque el sufrimiento “inútil” que constituye la enfermedad parece más una consecuencia de los errores del pensar y del actuar, nos tienta recorrer el atajo del consejo, la indicación o el consuelo.

Pero si lo que nos enferma es el propósito de no sentir algo que nos duele, ¿existe acaso una manera de cambiar auténticamente el obrar que no provenga de un cambio en el sentir?

BIBLIOGRAFÍA

- Boari, Domingo (1991) "Vida, muerte, sexualidad y culpa en la teoría psicoanalítica de las pulsiones", en *Actualidad Psicológica*, Año XVI, N° 178, págs. 2-9.
- Boari, Domingo (1999) "Sobre el sentido de los afectos", Simposio 1999, Fundación Luis Chiozza.
- Breuer, J. y Freud, S. (1893) "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar", en *Obras completas de Sigmund Freud*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. II.
- Chiozza, Luis (1972a) "Apuntes sobre metapsicología", en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizsäcker, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, págs. 187-196.
- Chiozza, Luis (1975b) "La enfermedad de los afectos", en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizsäcker, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, págs. 245-253.
- Chiozza, Luis (1976a) *Cuerpo afecto y lenguaje*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976.
- Chiozza, Luis (1976c [1974]) "La transformación del afecto en lenguaje", en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizsäcker, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, págs. 217-226.
- Chiozza, Luis (1978f) "El corazón tiene razones que la razón ignora", en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizsäcker, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, págs. 357-362.
- Chiozza, Luis (1980c) "Corazón, hígado y cerebro. Introducción esquemática a la comprensión de un trilema", en *Psicoanálisis: presente y futuro*, Ed. CIMP, Buenos Aires, 1983, págs. 103-113.
- Chiozza, Luis (1981c) "Entre la nostalgia y el anhelo. Un ensayo acerca de la vinculación entre la noción de tiempo y la melancolía", en *Psicoanálisis: presente y futuro*, Ed. CIMP, Bs. As., 1983, págs. 115-126.
- Chiozza, Luis (1984e) "En la búsqueda de los principios del vivir en forma", en Luis Chiozza CD, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.
- Chiozza, Luis (1986a) *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en cuerpo*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1986.
- Chiozza, Luis (1995g [1983]) *Reflexiones sin consenso*, en Luis Chiozza CD, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.
- Chiozza, Luis (1997b) *Del afecto a la afección*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997.
- Chiozza, Luis (1998) "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto", en *Cuerpo afecto y lenguaje* (Tercera Edición), Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 359-371.
- Chiozza, Luis (1998d) *Cuando la envidia es esperanza*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

Chiozza, L.; Aizenberg, S.; Califano, C.; Fonzi, A.; Grus, R.; Obstfeld, E.; Saínz, J.; Scapusio, J. (1983b [1982]) "Las cardiopatías isquémicas. Patobiografía de un enfermo de ignominia", en *Psicoanálisis: presente y futuro*, Ed. CIMP, Bs. As., 1983, págs. 287-321.

Chiozza y colab. (1991a) *Los afectos ocultos en...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1991.

Chiozza, L.; Aizenberg, S.; Busch, D. (1991b [1990]) "Cefaleas vasculares y accidentes cerebrovasculares", en *Los afectos ocultos en...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 157-201.

Chiozza, L. y colab. (1993a) *Los sentimientos ocultos en...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993.

Chiozza, L.; Busch, D.; Corniglio, H.; Funosas, M. (1993d [1992]) "El significado inconciente de los giros lingüísticos", en *La transformación del afecto en enfermedad*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 247-281.

Chiozza, L.; Barbero, L.; Casali, L.; Salzman, R. (1993g [1992]) "Una introducción al estudio de la clave de inervación de los afectos", en *La transformación del afecto en enfermedad*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 191-245.

Chiozza, L.; Dayen, E.; Grus R. (1995b [1985]) "Esquema para una interpretación psicoanalítica de las ampollas", en Luis Chiozza CD, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.

Chiozza, L.; Boari, D.; Chiozza, G.; Corniglio, H.; Funosas, M.; Grus R.; Pinto, J.; Salzman, R. (1997b [1995]) "El significado inconciente específico del SIDA", en *Del afecto a la afección*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 213-295.

Chiozza, L.; Barbero, L.; Busch, D.; Chiozza, G.; Funosas, M. (1997e [1996]) "Las fantasías adiposas en la obesidad", en *Del afecto a la afección*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 96-165.

Darwin, Charles (1872) *La expresiones de las emociones en los animales y en el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

Freud, Sigmund (1895d) *Estudios sobre la histeria*, (en colaboración con J. Breuer), en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. II.

Freud, Sigmund (1900a) *La interpretación de los sueños*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. IV y V.

Freud, Sigmund (1900a)* *La interpretación de los sueños*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, T. II.

Freud, Sigmund (1905d)* *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, T. IV, pág. 1169-1237.

Freud, Sigmund (1910e) "Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XI, pág. 143.

Freud, Sigmund (1914c) "Introducción del narcisismo", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 65-98.

- Freud, Sigmund (1915c) "Pulsiones y destino de pulsión", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 105-134.
- Freud, Sigmund (1915d) "La represión", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 135-152.
- Freud, Sigmund (1915e), "Lo inconciente", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 153-213.
- Freud, Sigmund (1916-17 [15-17]), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XV- XVI.
- Freud, Sigmund (1920g) *Más allá del principio de placer*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XVIII, págs. 1-62.
- Freud, Sigmund (1926d [1925]) *Inhibición, síntoma y angustia*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XX, págs. 71-164.
- Freud, Sigmund (1950a [1895]) "Proyecto de psicología", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. I, págs. 323- 446.
- Freud, Sigmund (1995) *Obras completas de Sigmund Freud CD*, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995.
- Gómez de Silva, Guido (1985) *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Fondo de Cultura Económica, México 1995.
- Minsky, Marvin (1986) *La sociedad de la mente*, Ediciones Galápago, Buenos Aires, 1986.
- Racker, Enrique (1957) "Contribución al problema de la estratificación psicopatológica", *Revista de Psicoanálisis*, T. XIV, Nº 3, APA, Buenos Aires, págs. 276-291.
- Real Academia Española (1992) *Diccionario de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- Strachey, James (1966) "Comentarios y notas al pie en la obra de Freud", en *Sigmund Freud Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. I, nota 27, pág. 349-350.